

Fin de la Misión

Percy Espinoza

Salohcatam es una súper entidad que ha dedicado sus miles de millones de años de existencia a la visita de mundos con las condiciones necesarias para poder crear la vida. Una vez que consigue esto, su siguiente tarea consiste en diseñar y desarrollar aquella que habrá de ser la especie que evolucionará hasta alcanzar un grado de desarrollo tecnológico tal que permita revertir la natural entropía hacia la que tiende el Universo.

Frank, por su parte es un estudiante universitario de clase media venida a menos que no ha podido salir de virgen ni siquiera resignando sus complejos aristocráticos. La historia de Frank transcurre paralela aunque no simultáneamente con la de Salohcatam, guardando ambas el común denominador de la experiencia de un sistemático fracaso, pero también la constancia de una terca voluntad que no se cansa en desafiar a un destino que parece a toda costa inevitable.

Un punto luminoso a velocidad casi lumínica agujerea el espeso conglomerado de nubes ácidas del cielo de Anurfaital. La tormenta química ocasionada por el arribo de Salohcatam agrieta con bronco estruendo las alturas del nuevo planeta huésped. Han pasado cerca de dos milenios desde que los últimos habitantes de Oyzor –tercer planeta del sistema de Ihcimerac, ubicado en la periferia del quinto brazo espiral de la galaxia– volvieresen los incrédulos ojos al cielo para ver su espectacular adiós. No obstante, para Salohcatam han transcurrido apenas un par de siglos debido a los efectos de dilatación temporal a una velocidad cercana a la de la luz. Contribuyó también con esa sensación de estancamiento de los sucesos el haberse quedado dormido apenas al cuarto de hora de haber abordado el bus interprovincial que lo llevaría a Ica. Ni los tumbos y vaivenes del camino consiguieron despertarlo. Su sueño tampoco fue perturbado por el canto y baile de un salsero negro y su conjunto que viajaban en los asientos de atrás. Lo único que le reventó un poco fue esa canción dedicada al Señor de Luren (el Cristo Moreno) que interpretaron casi al final. “Simios ignorantes”, pensó adormilado pero ya consciente. Cerca del mediodía, cuando los negros dejaron de cantar para rezarle a la Inmaculada Concepción, Frank recién abrió los ojos con gesto de dolor y triunfo. Su columna y sus nalgas eran las que más habían sentido los rigores del camino, pero a través del cristal empañado de sus gafas ya podía divisar el letrero que daba la bienvenida a la ciudad de Ica. La erosión del calor y las arenas del desierto habían hecho de él una lata costrosa y deforme. Convertido ahora en una gran bola de fuego desbocada, Salohcatam traza en los cielos una estela de combustión sobre la que regresa con una frecuencia de siete veces por segundo. Al friccionar con la atmósfera, sus capas exteriores se van transformando una a una en energía láser llegando la magnitud de pérdida de masa a niveles en extremo dramáticos. Esto contrarrestará con creces el aumento de la atracción gravitatoria conforme a la mayor proximidad al suelo. Salohcatam –ya del tamaño de una píldora– se precipitará en las entrañas de Anurfaital con tal violencia que acallará el rugido común de los cientos de volcanes circundantes a la zona del impacto; sin embargo, Salohcatam no se aniquilará.

Cuando bajó del bus, se topó con una multitud de quinceañeras que esperaban en el terminal al salsero negro y a su conjunto. En medio del griterío generalizado de chicas, policías, brujos, santeros y vendedores ambulantes, Frank se despojó con estilo y buenas maneras del mandil de laboratorio que usaba como gabán. Su índice derecho hizo las veces de gancho y se puso la prenda al hombro. La promesa telefónica de Igor parecía tener sustento: en Ica conseguiría mejores carnes a más bajo precio, aunque para su gusto, ningún espécimen de esa marea adolescente cumplía con los requisitos más básicos y fundamentales para un eventual batido de café helado en La Favorita (antes Churrería Manolo, y mucho antes Churrería Española Manolo). El Manolo era un templo que jamás habrían de pisar cualquiera de esos engendros que chupaban insaciables unos prosaicos marcianos de chicha morada hasta dejarlos blancos. De todas maneras, la emoción de ser recibido por ese baño de multitudes lo movió a ser más indulgente, y fue así como sus ojos encontraron entre el gentío a una zambita con trenzas a lo Medusa que de cara no lo convencía para aprobarla, pero que de cuerpo sí hacía los méritos como para castigarla por no haber hecho la tarea. "Tengo un marciano que te gustará más que ese que tienes en la jeta", le transmitió telepáticamente a la chiquilla quien parecía responder con un ademán risueño. La atmósfera relativamente cálida no lo anima, sin embargo, a sacar conclusiones favorables. Un análisis preliminar arroja que está compuesta básicamente de anhídrido carbónico, amoníaco y gas metano. El suelo tiene como principal elemento al silicio, pero también son importantes las cantidades de aluminio, magnesio y germanio. La historia habrá de seguir prácticamente el mismo derrotero que en Akur, Nimzajet y Oyzor hasta llegar al punto neurálgico de siempre: el diseño y configuración del ente a partir del cual se desarrollará la rama evolutiva hacia la inteligencia tecnológica (base fundamental para imponer el orden sobre la entropía). Si bien las especies seleccionadas en su momento jamás tuvieron mayores problemas en alcanzar este grado de desarrollo, ninguna supo cómo afrontarlo por mucho tiempo. En esta ocasión, las condiciones iniciales aparentan resultar menos complicadas a las que encontró en Oyzor hace varios miles de millones de años atrás. Nada auguraba que esta vez las cosas salieran mal, aun cuando el material disponible no terminaba de convencerlo. Salvo por la zambita de las trenzas a lo Medusa, el resto de fulanas no guardaba grandes diferencias con la tía que vendía tamales, la que ofrecía tejas, la ñorsa del pan con pollo o la tía fruna. Ésta última también vendía cigarrillos, pero no tenía Marlboro. Lo que sí tenía eran unas patas de tortuninja que eran un horror, aunque había algo de candoroso estoicismo en sus treinta y tantos años llevados con una sonrisa de delfín. A pesar de su gordura, podía tener su gracia, pero no parecía muy aseada. En fin, sintió que no había mucho de donde escoger; pero que de todas maneras las expectativas siempre iban a ser necesariamente superiores a las de pasarse el feriado largo en Lima, donde ya se había gastado casi toda su fortuna en simples amoríos de parque con especímenes cuya manipulación le exigía siempre una necesaria ingesta de alcohol previa. Así, por más que encontró la ciudad vieja, fea, sucia y llena de un apestoso aroma de fervor religioso; este juicio le sirvió para catapultar su ego a niveles estratosféricos. Se sintió un caballero de fina estampa que honraba con su visita a este pueblucho que para él era un monumento al atraso mental y material. "Un Cristo mulato y una virgen pálida, ¡qué cojudez!" se dijo. Muy seguro de sí entonces, se acomodó los anteojos que le resbalaban por el sudoroso pico de buitre intelectual y se abrió paso con aires desdeñosos entre el excitantemente repulsivo calor de la multitud provinciana.

* * *

Tras su accidentado descenso, Salohcatam hace las evaluaciones respectivas al entorno y profundiza en el análisis comparado de las posibilidades y potencialidades de Anurfaital y las que en su momento le ofrecieron los mundos anteriormente visitados. Oyzor, su experiencia más reciente, fue también la más triste y decepcionante de todas con el record de vida más corto de una civilización. Había mutado a los saurios para hacerlos más dependientes de sus progenitores hasta evolucionarlos en los társidos y posteriormente a los homínidos. Fue esta especie la que en sólo medio millón de años de existencia, siete mil de civilización y poquísimas décadas de tecnología aeroespacial, envenenó el hermoso mundo que a costa de innumerables tragos amargos pudo formar. Durante todo ese proceso, intentó hacer reaccionar a esa gente levantando las mareas, lloviéndoles fuego y enviándoles las siete plagas; pero la nueva especie endureció su corazón y continuó dando visos de que sus defectos y taras se impondrían sobre sus débiles virtudes. Se arrepintió de haberlos creado, pero definitivamente y ya sin ganas de regalar otra oportunidad. Así, se elevó discretamente a los cielos y a apenas un segundo-luz de distancia, con riesgo para sí, se volvió una inmensa nebulosa de gas que empezó a contraerse a manera de una naciente estrella cuya luminosidad iba creciendo, creciendo hasta hacerse más grande, más grande. Contempló la belleza de Oyzor desde las alturas, igual que como hacía dos mil años antes cuando quiso acabar con el planeta por primera vez. Nuevamente volvió a sentir la ingenua esperanza de encontrar a alguien que, en la hora postrera del mundo, decidiese salvar a éste ablandando su corazón. En el crucial instante, hubo uno que dudó en hacerlo, pero al final no lo hizo. Salohcatam creyó leer su pasado, su presente y su futuro en la suerte de aquel insignificante individuo que jugó con sus esperanzas. Al siguiente segundo, lanzó el fatídico rayo que borraría de la faz del universo el fallido experimento. Sabía que el malestar no le desaparecería instantáneamente, así es que sólo quiso tomar un almuerzo ligero y luego se recostó en el sofá mientras Igor le iba pintando de colorcitos lo que la noche de Ica traería para ambos. La excitada imagen de Igor frotándose las manos le resultó familiar con la de un vampiro contrahecho esperando por su cena. Luego, levantando los brazos al cielo como una manta religiosa, su fiel compañero de laboratorio de la universidad, le explicaba que la Navidad se adelantaría para ellos un par de semanas pues las chicas de su terruño eran "unos angelitos regalos de Dios". Frank no creía en más Dios que en sí mismo, pero sí creía en los angelitos. Cerró los ojos y se alucinó que se le regalaba aquel que había visto por la ventana del comedor saliendo del colegio de monjas de enfrente. Era una deliciosa nínfula blanquiñosa con faldita escocesa por encima de las rodillas (en todo Ica, la única que le parecía digna de compartir una mesa en el Haití para observar como Miraflores se perdía irremisiblemente con el paso contaminante de cada combi que transportaba cholos. Cogió el rostro de la nínfula para ponérselo a la zambita del terminal y desde Lima se trajo la pechuga de Rosa 'La Revoltosa', aquella chica regordeta con pinta de cajamarquina que conoció en el salón de cachimbos y que iba para Comunicaciones. Habían pasado ya algunos años de eso y recordaba ese primer capítulo de su historia universitaria como nefasto. No tenía muy presente el rostro de esa jermiata que se decía actriz, cantante y poseedora de una gran sensibilidad social (Y además a la que le hacía gracia que la llamasen 'La Terruca', aun cuando de eso todos comentaban que sólo tenía las dos últimas sílabas). Para él lo único memorable de esa pobretona con plata (hija del Rey del Ajo y la Cebolla) era su carne blanca, su cabello lacio pintado de rubio y sus amenazantes pechos de ojivas nucleares. A final de cuentas y a la luz de la distancia, se trataba de la típica huevona que quiere aparentar ser una pituca aburrída de su condición de tal, y a la que uno se figura convencer de ser beneficiada en el camal hablándole de vainas como revolución, proletariado, reforma agraria, igualdad de clases, movimientos populares, Playa Girón, Silvio, Pablo, el 'Che' y cualquier cosa con el color del ketchup. La

cojuda medio que se hueveó cuando él empezó a tocar temas como el materialismo histórico y el materialismo dialéctico, pero él más o menos que la supo arreglar dándole unas burdas razones del por qué de su ateísmo *–si Dios existe, que me parta un rayo... ¿vez? no paso nada, entonces no existe ese pata*. Después alabó el buen gusto de ella por la música folklórica de Yawar que hacía unas estupendas versiones instrumentales de los Beatles; y finalmente se solidarizó con los “pobrecitos cholitos de la sierra que son despreciados por los pitucos blanquitos de Lima”. Esa vez se sintió muy seguro de llevar las cosas por el camino correcto, pero al final todo fue un desperdicio de tiempo y recursos. La promisoría transformación de Akur se vio truncada cuando sus habitantes entraron en una guerra civil justo ad portas de estar en capacidad de construir una central de energía estelar a nivel macrocósmico. Hasta muy poco antes del cruento conflicto que duró diez mil años, platelmintos y nematelmintos habían hecho un esfuerzo mancomunado junto con los anélidos para dismantelar un planeta gaseoso de las órbitas periféricas del sistema con el objeto de desarrollar una capa que envolviera a su estrella madre. La capa hubiese engullido la órbita de Akur para aprovechar el 98 por ciento de toda la emisión de energía estelar. La guerra comenzó prácticamente cuando, al hacerse insostenible para la Junta de Gobierno, la situación de crisis energética extrema, se convocó a los Estados Generales. Muchas de las esperanzas del pueblo fueron depositadas en ellos. Se pensaba que por fin se promulgarían reformas que conllevarían a una distribución más justa y equitativa de la energía. Pero nada de esto ocurrió: se informó luego que los Estados Generales fueron convocados para aprobar la iniciativa del grupo platelmintario de entregar el megaproyecto de la construcción de la capa al capital privado nematelmintario. Aquello significó que los representantes de la clase obrera anélido (el 95% de la población) tomaran por la fuerza la sala de sesiones desatándose un conflicto por el poder que no acabó ni cuando se extinguieron de la faz de Akur platelmintos y nematelmintos. Ante tales hechos Salohcatam decidió intervenir pero los nuevos gobernantes del planeta jamás hubieron de entender razones ni siquiera a través de la amenaza de catástrofes cósmicas, las que empezaron a ser interpretadas por el naciente Ministerio de Ideología y asuntos de la Fe como meros avatares del azar. Salohcatam se llegó a convencer entonces de que Akur debía de desaparecer y se alejó del planeta para poder dar cumplimiento a la sentencia de muerte dictada para éste. Todo estaba consumado y consumido. Para cuando reparó en lo estúpido que fue, ya se había tirado la plata de la luz en un *bloody mary*, un tequila *sunrise* y un piqueo para dos. Rosa ‘La Revoltosa’ se hizo a la indignada cuando se vio frente a la puerta del hotel *–creo que te has confundido... yo no soy de “esas”–* aunque lo más probable era que no le cuadró el contraste entre una cita tan onerosa y una casa de citas tan menesterosa (y todavía con el faltoso nombre de ‘Telo El Matarife’). Frank no supo medir bien los gastos en medio de tanto floro sobre lucha de clases, guerras intestinas y fantasmas sociales que lo único que hizo fue enervar sus fantasías sexuales de desflorarle hasta la flora intestinal con el barajo de darle clases de lucha. Ya era fin de ciclo y sintió la frustración de no tener otra oportunidad para por fin escuchar con sus propios oídos ese grito tan famoso de ella en la intimidad de “hazme sentir el poder que nace de tu fusil”, o aquel otro menos rojo pero más sangriento de “ábreme como a una res” (cosa más coherente dada su condición de vaca lechera de Cajamarca). Intentó por ello abrazarla con alcoholizada ternura *–vamos, chiquita: terminemos con esta larga marcha y demos el gran salto hacia adelante–*, pero ella muy fácilmente toreó con su poncho rojo de estrellitas amarillas las torpes embestidas de él. Frank perdió la paciencia y la cogió por la cintura *–no seas mojigata ¿acaso no sabes que la religión es el opio del pueblo?–*; sin embargo, Rosa se puso resbalosa y no quiso interpretar el papel de heno dejándose cegar, a lo que Frank contraatacó olvidándose la diplomacia *–oye, ya deja de hacerte a la cojuda y de una puta vez derriba ese muro que pones entre tú y yo–*. Muy furibunda ella, le mandó un puñete,

que más pareció un combazo, que le cayó justo ahí: en el orgullo –*sóbate tu pistolita de agua, maldito burgués*– entonces se dio media vuelta y lo dejó viendo estrellitas, hoces y martillitos desparramado en el piso revolcándose como un gusano. “Polvo fácil”, se había dicho antes de salir y terminó mordiendo el polvo de la derrota sirviendo de felpudo para aquellos que sí venían a completar una faena. Nunca más volvería a saber de Rosa ‘La Revoltosa’ (que, de pura pose, al ciclo siguiente se pasó a la universidad de cholos de al lado) hasta que por el periódico se enteró que la DINCOTE había agarrado a una tal Camarada Teresa. El cargo: Apología del Terrorismo.

Lo que sobrevino después tampoco iba a ser muy agradable de recordar. En Nimzajet, aunque la guerra no estuvo ausente, fue en realidad una crisis energética la que terminaría por derrumbar el imperio planetario de los ofidios. Agentes especuladores disfrazaban de austeridad religiosa el hecho de estar almacenando interminables lotes de enanas blancas en las afueras del sistema, totalmente insensibles a las cercanías del fin de la etapa de combustión del hidrógeno de su estrella madre. Como era de suponerse, el valor de la energía se disparó hasta alcanzar un cuádruple de su precio original, más ni siquiera aquello fue suficiente para los grupos de poder que, usando de pretexto su devoción por Salohcatam, monopolizaban el mercado de recursos naturales, espirituales y tecnológicos de esta cultura. Finalmente, Salohcatam no esperó hasta que se produjera el primer gran ataque al corazón de la estrella, y, transformado en algo parecido a una gigante roja, mandó hacia Nimzajet cuatro mil veces más energía de la que los especuladores almacenaban. Así terminaría volatizándose todo el sistema planetario junto con sus miserias. Fue una experiencia deprimente, el segundo gran fracaso en los anales de su historia. Se llamaba Jazmín y le habían pasado el dato de que se dejaba clavar por el chiquillo. La conoció en segundo ciclo de Letras, el último que él llevó allí antes de pasarse a Ciencias por presión familiar. Ella, por su parte, estaba indecisa entre seguir Arte, Literatura o continuar una terapia contra su depresión crónica y sus desequilibrios emocionales agudos. Jazmín, ‘La Demente Común’, era una cholita blanca de insignificante tamaño que se computaba interesante porque tenía la cara llena de clavos, leía a Pizarnik y alguna vez quiso suicidarse. Parecía un blanco asequible y todo indicaba que no se había equivocado, pues para llevarla al matadero sólo tuvo que invitarle en la cafetería una taza de te jazmín, pasar allí el roche de dejarse leer el Tarot y luego tolerarle su aburrida revelación de cómo la iconografía mochica había llenado el horror de sus vacíos existenciales. Hasta llegar a la cama ella no paró de hablar del Arcano Mayor, de serpientes de dos cabezas o de rayar frijoles; pero, con tal de tirar, a Frank poco le importaba clavarle la serpiente por el arcano menor a alguien que tuviese en la cabeza un frijol rayado. “Pobre chola... cree que tiene algo en la chola”, pensó. Se rió mentalmente de su chiste y comenzó a bajarse el lompa pensando en acabar pronto para quitarse de una buena vez el clavo de nunca haber clavado nada con estudios superiores “No sabes que eres una chola, pero pronto sabrás lo que es una chula”. Lo que no se esperó fue que la tal Jazmín sacase de su bolso primero un compacto de Nirvana, y luego una cadena junto con un par de látigos. Quería que él la hiciese sentir “una porquería que no valía nada”. Frank, con las pupilas dilatadas por la incredulidad, alcanzó a sugerirle que mejor guardase esos aparatos para otra ocasión porque en ese momento prefería hacer las cosas como Dios (o sea él) mandaba. Sin embargo, Jazmín insistió diciéndole que Dios mandaba hacer las cosas como ella quería hacerlas, y aun más: según el Tarot, el gran Aia Paec le estaba pidiendo en ese instante que se realice el acto carnal en su presencia, para lo cual ambos tenían que morir antes. Frank se quedó absorto viéndola arrojar cuatro cartas sobre la cama y no pudo

observar el momento en que Jazmín sacó el cuchillo de cocina con el que se le abalanzó. Apenas pudo contenerla con la hoja a medio centímetro de su cara haciendo un *têt-a-têt* con su igualmente filuda nariz. Luego de un largo forcejeo, Frank consiguió empujarla y no paró de darle de golpes hasta que soltase el arma, a lo cual ella no cesaba de gimotear "Más, todavía más, más fuerte!". Frank pudo entonces hacerse del cuchillo y Jazmín reclamó ser sacrificada en honor a Aia Paec. Porfió Jazmín con lo de las cartas y el resultado fue el mismo de las dos veces anteriores (según decía ella): la carta de "La Muerte" en el presente y la de "Los Amantes" en el futuro. Pero Frank no quiso dejarse sorprender y permaneció alerta e inmóvil. Ante su aterrada mudez, Jazmín con llorosa serenidad, se acercó al equipo de sonido, puso el compacto de Nirvana y seleccionó la pista de *I hate myself, I want to die*. A la mitad de la canción volvió a acercarse a él para implorar su necesario sacrificio y ante la nueva negativa de Frank, tomó impulso para irse contra él y auto infligirse la puñalada... sus últimas palabras, antes de deslizarse en el desfallecimiento concluyente eran: "Jazmín, Jazmín/ debajo de ese nombre estoy yo/ Jazmín".

* * *

Los primeros pasos de Salohcatam en Anurfaital son de mero trámite: un tallo metálico se abre paso hasta emerger firme y enhiesto entre las cenizas que aún despiden la intermitente luz de su incandescencia. A mitad del tallo, se abren hacia los costados un par de paneles fotovoltaicos, los mismos que aprovecharán la última media hora de luz natural para cargarse de la suficiente energía necesaria a los efectos de preparación del caldo primordial. Las masas de aire pesado, si bien son la materia prima a tratar, también interfieren con la llegada de luz a las células de los paneles. Todo indica que la poca energía que se acumule no servirá más que para poder lanzar hacia la estratósfera una estrella artificial. Cuando la noche ya se extiende hasta el horizonte, surge un fulgor que enciende los cielos. Desde muy arriba, las luces de colores en sicodélica alternancia dificultan la búsqueda, pero finalmente son ellas quienes los han visto primero. Estaban sentadas en la última de las mesas, del último de los ambientes de la discoteca. Una de ellas era la zambita del terminal que le pasaba la voz a Igor haciendo un sinnúmero de aspavientos para que se acerque. El gran temor de Frank se vio confirmado: la de la blusa roja con pinta de eslabón perdido iba a ser para él. Su débil protesta fue acallada por la música *-las manos hacia arriba/ las manos hacia abajo/ y como los gorilas uh uh uh uh uh/ todos caminamos-*. No le quedó otra más que seguir a Igor con fastidio, resignación y algo de miedo. Conforme se acercaba, empezó a descifrarse ese rostro al cual debía de besar y se dio cuenta que lo que había visto desde el umbral era sólo un anticipo. A un metro de distancia pudo observar claramente ese accidentado cutis que parecía zurcido por un zapatero y en donde una sonrisa careada empujaba hasta detrás de las orejas a un asqueroso lunar que le recordó al escarabajo pelotero. El primate verrugoso se presentó como Rocío y dijo ser de Nazca. Frank, antes de hacer lo propio, se tomó un trago para coger valor y mancillarse los labios impolutos haciéndolos aterrizar sobre la tan áspera superficie de las Pampas de Nazca. Sintió un fuego asándolo por dentro. Furiosos destellos desde el cielo despiertan a todas sus células poniendo a trabajar los paneles fotovoltaicos. Paralelamente decide realizar un barrido electromagnético hacia todos los rincones del planeta y del sistema en su conjunto, ante la eventual existencia de vida o de criaturas civilizadas que por obra del azar hayan aparecido. Es una labor rutinaria entonar la canción del hidrógeno en la longitud de onda

de 21 centímetros, pues las posibilidades de recibir respuesta son infinitesimales. No obstante aquello, desde las afueras del sistema capta un pulsar de sospechosa regularidad emitiendo con una frecuencia de 30 veces por segundo. La posibilidad del origen no natural de la radiofuente es un trago amargo que debe de tomar junto con todas las consecuencias que aquello signifique, pero confía en que el tiempo resolverá el misterio en su favor. Por ahora, se refugia en las penumbras con dos vasos en la mano. Poco a poco la canción comenzaba a darle ritmo a sus cadenciosos intentos de apretarla contra él. El séptimo cuba libre le hizo ver que Rocío no era tan fea después de todo: tenía lo suyo y bien distribuido. Una vueltecita a la derecha y otra a la izquierda, y ya no quedaban dudas: con dos tragos más vería a la zamba como Jennifer López y con dos más como Beyonce. Sonaba en la disco una de Handy Feliz y él aprovechaba para tocarla con menos miedo y más con ganas en cada nota de la escala. Parecía que la iba a hacer linda con el final feliz de ponerle los cachos al Yeti... pero se equivocó: Rocío se acercó a la mesa, cogió rápidamente su bolso y salió rauda. Las líneas de su cara se habían multiplicado hasta ya no parecer las Pampas de Nazca sino el plano de calles de Lima con el escarabajo estacionado debajo del bigote. Su amiga, confundida, se levantó y la siguió presurosa. Igor no terminaba de entender hasta que miró hacia la pista de baile y vio a Frank recogiendo lo que quedaba de sus anteojos entre los zapatos de la gente.

Tras el fin de la canción del hidrógeno, Salohcatam espera no captar en las próximas horas variaciones en el pulsar, pues esto indicaría el tan temido origen artificial de la radiofuente trayéndole un cúmulo de implicancias a su razón de ser en el universo. Permanece atento pero sin abandonar sus tareas programadas. Inicia la fabricación de hidróxidos que deberán entrar en contacto con los ácidos del medio ambiente. Con ello, dentro de un proceso de crecimiento geométrico en la producción, se conseguirán las primeras moléculas de óxido de hidrógeno. Luego de unos instantes, Salohcatam empieza a preparar carbohidratos a partir de la síntesis reactiva fotónica del anhídrido carbónico y el nascente óxido de hidrógeno. Gracias a esto, se liberará oxígeno hacia la atmósfera en cantidades constantes y sostenidas. La estrella artificial irradia luz, pero no calor. El frío de la noche desata la lluvia. La sintió ácida resbalándole por la comisura de los labios. En el prostíbulo se había vuelto a encontrar con Rocío que ni pagándole aceptó encamarse con él (No quería correrse el riesgo de que, estando él tan huasca, se le viniera el huayco). Eran las cuatro de la mañana y Frank caminaba con las manos en los bolsillos por una de esas tantas miserables calles iqueñas que no conocía. El jorobado de Igor sí había conseguido salvar la noche en el burdel con la zambita del terminal y lo odiaba por eso. Sintió que la manta religiosa lo estafó con esta ciudad en donde lo habían sangrado inmisericordemente y sin retribución alguna, huachafitas más feas que las que afanaba en Lima. Bordeó un inmenso paredón repleto de afiches que anunciaban un concierto: "Salsa Cristiana. Directamente desde el Caribe: Jimmy Rey y Los Cocodrilos del Camagüey". Eran los mismos imbéciles que habían venido con él en el bus. Continuó caminando hasta que llegó a una plazuelita en cuyo centro se ubicaba la gruta de una virgen. Por un instante, mientras se acercaba, pensó en preparar el esputo más grande que hubiese podido hacer; pero cuando el blanco se volvió alcanzable, algo lo detuvo y terminó pasándose toda la granja que había acumulado. La virgen lo miraba con una expresión tan tierna y compasiva, que le hizo bajar la cabeza. Leyó en su rostro que se solidarizaba con él en su condición virginal. Muy abruptamente dejó de llover y detrás de la gruta aparecieron unas tímidas ojotas. No quiso ver esas tabas tan horribles y levantó la vista. Se topó entonces con un rostro tan amable y cándido como el que hacía un momento pensó en escupir: era la Tía Fruna. La chola caleta había estado meando.

Frank se convenció de que necesitaba un cigarrillo de la marca que fuese y se dirigió hacia ella. Sus pulsaciones no variaron en intensidad, pero sí en proximidad. Extrañamente, de los diez planetas del sistema, ya sólo capta siete, y la distancia con respecto a la radiofuente se va haciendo cada vez más y más estrecha. El temor no evita que continúe tratando el amoniaco hasta conseguir aminos que serán procesadas como aminoácidos y así formar polipéptidos que darán a luz a las primeras proteínas sintéticas. Es entonces cuando, al únicamente captar cinco de los diez planetas, confirma que no es la radiofuente la que se acerca, sino todo lo contrario: ésta arrastra hacia sí a Anurfaital y al sistema entero incluyendo a la estrella misma. No se trata de ninguna civilización inteligente enviando pulsos, sino de un monstruo formado por el colapso gravitatorio total de una estrella vecina que está devorando a la galaxia entera. No habrá escapatoria, ni siquiera para él que morirá con el consuelo de saberse la única sustancia incausada de las cosas, aquella aparecida de la mera nada por un mero capricho cuántico en plena era leptónica. Aceptó con algo parecido a una sonrisa, lo que el destino le enviaba. Fue así que, a la hora de recibir el vuelto, no le soltó la mano y ella se dejó llevar hasta la gruta. Encontraron suficiente espacio y privacidad dentro de ese agujero negro. Los besos de él le hacían cosquillas y ella se reía dándole de puñetitos. Estuvieron así jugando, hasta que Frank sintió que había llegado el momento de la ejecución. Se rió pensando que viajó hasta Ica para al final igualito comer olluquito con charqui. Con las manos temblándole, le bajó el calzón que ella tenía bajo cinco polleras y se conmovió de mirarle esos ojos humedecidos por un afecto y cariño casi gratuitos (Sólo tuvo que comprarle una cajetilla de Premier). De pronto, Frank miró hacia el cielo estrellado que le pareció bello, muy bello; y, antes de dar inicio a la consumación del acto, se dio cuenta de una naciente estrella cuya luminosidad iba creciendo, creciendo hasta parecer más grande, más grande. Evitando ablandar su corazón, se quedó un segundo contemplándola.

FIN

Sobre el relato y el autor

Este relato recibió la Primera Mención Honrosa en el I Concurso Coyllur de Ciencia Ficción que tuvo lugar el año 2005 y que fue convocado por la Asociación Peruana de Ciencia Ficción, Terror y Fantasía (www.coyllur.org)

Percy Javier Espinoza Acosta es egresado de la carrera de Periodismo de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Nacido en el año de 1972, cuenta entre sus distinciones literarias el Premio de Poesía de los Juegos Florales de Estudios Generales en 1997, y una mención honrosa en el "Cuento de las 2000 palabras" de la revista Caretas tres años después por el relato "Revelaciones".

Su afición por los temas de ciencia se remonta a su adolescencia cuando se volvió seguidor de la serie "Cosmos" de Carl Sagan. Posteriormente su paso por la Universidad le hizo descubrir a autores como Stephen Hawking y Paul Davies, virtuales inspiradores del único relato (por ahora) de ciencia ficción que ha escrito a manera de un tímido homenaje.

Este relato ha sido reproducido con el permiso de Coyllur-APCFTYF.